



Marco Tulio Rodríguez, en la toma de posesión de su cargo. A su lado, la ministro de Trabajo, María Elena de Cobo, y el jefe del Partido Liberal, Julio César Turbay.

MARCO TULIO RODRIGUEZ, COLOMBIANO

LA entrevista con Marco Tulio Rodríguez, superintendente nacional de Cooperativas, de Colombia, me parece clave en este breve encuentro con hombres de la izquierda latinoamericana. Marco Tulio es persona de larga y combativa biografía política. Estuvo en Praga —según me contaba Jorge Ali, el director del Teatro Popular de Bogotá, que estudió en Checoslovaquia— como representante de la prensa latinoamericana, manteniendo posiciones cuyo radicalismo le llevó a enfrentarse con la línea política del Partido Comunista soviético. Antes, Marco Tulio había conocido las cárceles venezolanas, luchado contra el dictador Rojas Pinilla y mantenido una posición entre la vanguardia revolucionaria. Yo le conocí hace un año, cuando defendía la candidatura del que luego sería Presidente de la República de Colombia. Ciertamente, López Michelsen defendía un programa liberal frente al conservador Álvaro Gómez, pero también estaba la alternativa de quienes se negaban a votar en absoluto —por considerar que ningún cambio efectivo podía surgir de las urnas— y la de la llamada Unión Nacional de Oposición (UNO), expresión menor y colombiana del Frente Amplio uruguayo y de la Unidad Popular chilena.

Estaba claro que la victoria electoral iba a dilucidarse entre los dos grandes partidos tradicionales, el Partido Liberal y el Partido Conservador, y que si un hombre como

Marco Tulio se ponía al servicio de López Michelsen era por considerarlo la mejor de las alternativas posibles, aunque estuviera lejos de lo que él postuló tantos años desde su posición revolucionaria.

Ganadas las elecciones por el Partido Liberal, Marco Tulio Rodríguez se ha visto nominado para un puesto de gran importancia en el cuadro de la vida política y laboral de Colombia. Con él hablo, en su modesto despacho oficial, seguro de que su trayectoria habrá de

desentrañarnos un aspecto bien interesante de la realidad colombiana y de la moderna izquierda de América Latina.

MARCO TULIO RODRIGUEZ.

Yo puedo decir, como el nuevo rector de la Universidad Nacional —que es el cargo más difícil del país—, el doctor Luis Carlos Pérez, también magistrado de la Corte Suprema de Justicia, a quien recientemente preguntaron en la televisión qué había hecho de sus veleidades izquierdistas, "que no es cierto que yo haya tenido esas veleidades, sino que soy marxista". Cuando me nombraron superintendente, las derechas me atacaron y yo dije en la televisión lo mismo que el rector. En realidad, una de las razones por las que acepté el nombramiento fue ese ataque. Me acusaron de haber puesto bombas en el Capitolio,

presentándome no ya como un hombre de izquierda, que lo he sido y lo soy, sino como un terrorista, cosa que nunca he sido. Naturalmente, formulé una denuncia penal, que está en curso, contra el autor de esos ataques, que era nada menos que el presidente de la Central Obrera más grande del país: la UTC, central manejada por la derecha. Visto esto, lo que ocurre es que el Gobierno del Presidente López es, según él lo ha calificado, de centro-izquierda. Y a

José Monleón

la izquierda nos han dado algunas posiciones no a título de movimiento, porque no hemos entrado en el Gobierno representando partidos de izquierda determinados, sino a título personal, con un historial político sobradamente conocido, y por consideramos el Presidente con la madurez necesaria para que intentemos llegar hasta donde objetivamente sea posible. Para mí, entre estar fuera sin hacer nada o tener la oportunidad de hacer algo, es mejor hacer algo. Lo importante es ver en qué sitio está uno. Si me hubieran ofrecido cualquier puesto desligado de los problemas y de la organización de las masas, seguramente no lo habría aceptado. En realidad, lo primero que me ofrecieron fue la Secretaría de Prensa de la Presidencia. El cargo es muy importante, pero sobre la base de que el Gobierno estuviera decidido a hacer cam-

bios radicales en el papel que corresponde a la información. Creo que el Gobierno piensa en esto, pero para una etapa más avanzada de su período de mandato. Así que no acepté. Luego me ofrecieron el Viceministerio de Trabajo, donde hubiera tenido la oportunidad de ayudar a la gente a resolver los conflictos laborales, pero con el peligro de desgastarme en una mecánica sindical en la que no creo mucho. Porque la práctica ha demostrado que esos movimientos terminan en debates económicos, en peleas intransigentes que carecen de sentido político profundo. Entonces me ofrecieron la Superintendencia de Cooperativas, que es la entidad que se encarga de controlar, fomentar y desarrollar la organización de la gente a nivel cooperativo para consumir, producir, ahorrar, hacer los transportes... Una serie de actividades múltiples, muy importantes. Y acepté. Ello me da la oportunidad, primero, de estar en contacto con cuatro millones aproximadamente de personas, que se mueven alrededor del movimiento cooperativo. Este movimiento es una forma de organización colectiva que va acostumbrando a ciertas formas de vida social que no son las del capitalismo. Tampoco son, desde luego, las del socialismo, pero son un camino. La gente que se ha acostumbrado a una propiedad en cooperativa podrá entrar con más facilidad en una economía socialista.

J. M.—Tu actitud me recuerda

**«Causa tristeza ver que quienes se adueñan de la izquierda
cometen los mismos errores
que cometimos nosotros hace veinte años».**

lo que nos decía el venezolano José Vicente Rangel. También él apuntaba la necesidad de analizar las posibilidades concretas, lo que puede hacerse a corto plazo por el hombre común y corriente. Esto, me parece, no supondría ningún empobrecimiento ideológico, siempre que esas conquistas concretas supieran situarse en el cuadro general.

M. T. R.—Esta es una actitud que uno puede tomar cuando ha adquirido cierta madurez política. Años atrás, yo rechacé toda posibilidad de trabajar dentro de los gobiernos, pese a que tuve más de una oportunidad. En mi actitud actual existe también algo de reivindicación personal. Por mis libros, por mis artículos, por mis actividades, muchos sectores de la derecha creían que yo era un hombre vetado en el país, no sólo para trabajar con el Gobierno, sino con cualquier empresa privada. Ante la nueva situación, me he sentido obligado a aprovechar la oportunidad. Mi paso por aquí no es, desde luego, definitivo; pero voy a tratar de experimentar y de llegar lo más lejos posible. En cualquier caso, yo había participado, antes de mi viaje a Europa, en la lucha de masas; después de mi regreso, ya no me fue posible. Como tantos intelectuales, me he visto reducido a hacer periodismo dentro de una empresa capitalista. Y dentro de una empresa capitalista no se hace periodismo contra el capitalismo. Para mí, el estar aquí ha sido un regreso a las masas. Yo hacía mucho tiempo que no me encontraba con más de veinte personas reunidas. Ahora he asistido a asambleas de hasta cinco mil personas y me siento contento, porque vuelvo a estar con la gente. Cuando uno se aísla ve las cosas con pesimismo y cree que los demás también dejaron de luchar. Pero luego, cuando uno vuelve a unirse a la gente, descubre que no es así. En cuanto al juicio sobre el compromiso con el Gobierno, depende de quien lo hace. Si, por ejemplo, quien se comprometiera con el Gobierno fuera el jefe del Partido Comunista, yo no lo vería bien. O si lo hiciera el jefe de cualquier movimiento revolucionario. Este no es el caso de los compromisos individuales de personas con un pensamiento claramente definido como de izquierda. Considero, además, que este es un Gobierno de transición que, a diferencia de lo ocurrido durante tantos años, va a posibilitar la lucha de los movimientos progresistas y democráticos, garantizando las libertades necesarias para ello. Hace unas noches, con motivo del nombramiento, me hicieron un homenaje, al que acudió todo el mundo. Había gente de la derecha y me interrumpieron para decirme que también ellos eran amigos míos y habían acudido al acto. Les contesté que si estaban allí no era como derechistas, sino como ami-

gos, y que no se es necesariamente de derechas hasta la muerte, ya que siempre es posible el cambio como resultado de una toma de conciencia y del conocimiento de las cosas. A los amigos de la izquierda les recordé que los cambios sociales no se hacen con pocos, ni siquiera con muchos, sino con todos. Entendido el concepto de "todos" de un modo cualificado, es decir, referido a todos aquellos que quieren un cambio, que quieren un mejor país y que, sea cual sea su procedencia ideológica, llegan a la conclusión de que es más importante luchar por los demás que por uno mismo.

J. M.—Hace poco se ha celebrado el aniversario del golpe militar chileno. Casi al mismo tiempo, la prensa señala el pronto restablecimiento de las relaciones entre la mayor parte de los países latinoamericanos y Cuba. Una posible interpretación de estos dos hechos, de significación tan contraria, sería que a la Unidad Popular le falta tacto para maniobrar y capacidad para evaluar sus posibilidades reales de evitar el golpe, mientras que Cuba ha sabido convertirse en un fenómeno fuera de cuestión, adaptándose a realidades concretas.

M. T. R.—En cuanto a Chile, he tenido el dolor de no poder asistir a las manifestaciones que se han hecho en contra de la Junta Militar. En tanto que funcionario público, el asistir a una manifestación podría valerme un proceso. Y eso no tendría ningún sentido. Ya te decía antes que el Gobierno sabe que quienes hemos aceptado colaborar con él nos atenderemos a nuestras posibilidades. Lo cual no quiere decir que yo no sea solidario con la lucha del pueblo chileno contra la dictadura fascista. Respecto al bloqueo de Cuba, no lo ha roto la conciliación burguesa. Lo rompió antes la avanzada revolucionaria. Lo rompió Panamá, cuando tenía un Gobierno progresista; lo rompió el Perú; lo rompió Chile, cuando había un Gobierno marxista; lo rompió Bolivia, con el general Torres... Fue entonces cuando se rompió el bloqueo. Lo que pasa es que luego la izquierda perdió una serie de batallas, modificándose la situación. Aunque para entonces el sistema ya había comprendido que era necesario aceptar a la Cuba socialista como una realidad.

J. M.—¿Y por qué esas batallas perdidas?

M. T. R.—Son la consecuencia de los errores de la lucha. Errores de los que no somos únicamente responsables los latinoamericanos, ya que hay grandes responsables en el panorama mundial. La división del socialismo ha tenido que proyectarse aquí muy negativamente. Para mí, esa es la causa principal de las derrotas. Aparte, naturalmente, de que la reacción se ha defendido, creo que sin nuestras disensiones no hubiera

podido o no le hubiera sido tan fácil —porque le ha sido muy fácil— recuperar el dominio de casi todo el continente.

J. M.—Me has dicho antes que el actual Gobierno es de centro-izquierda y de transición. Cuando uno llega a Colombia se encuentra con el conocido contraste entre el rascacielos y el gamin abandonado, entre la opulencia y la más angustiosa miseria. ¿Hasta dónde crees que el nuevo Gobierno puede afrontar el problema y modificar las actuales estructuras económicas de Colombia? ¿Hasta dónde pueden ser profundos los cambios o en qué medida se quedarán en la superficie y en el simple cambio del lenguaje político?

M. T. R.—Creo que el Gobierno quiere llegar hasta el fondo. Pero como no es un Gobierno revolucionario ni socialista, sino un Gobierno democrático y representativo, al estilo occidental, evidentemente no podrá resolver el problema a que aludes. Se trata de un Gobierno reformista, que quiere realizar cambios importantes y que si va a resolver algunas cosas. Pero el problema fundamental nunca es de gobierno, sino de sistema. Y este es un Gobierno del sistema y no contra el sistema. Y eso hay que tenerlo muy claro para no equivocarse. Para mí, lo más interesante es que va a intentar elevar el nivel social y cultural del país, lo que supone el ascenso del nivel político. Hay gente que rechaza estas posiciones liberales de los Gobiernos capitalistas; pero yo creo que es mucho mejor que hagan eso en vez de hacer lo que hace Pinochet o el Gobierno brasileño. Todos sabemos que esa subida del nivel socio-político favorece el proceso de liberación general. Lo importante es que los movimientos progresistas sean capaces de aprovechar esta situación. Sabes que nosotros tenemos una revista, llamada "Alternativa", que representa el pensamiento de lo que suele calificarse de extrema izquierda. Vinieron al homenaje de que antes te hablaba y recuerdo que les dije que "si no utilizaban la nueva situación corrían el riesgo de ser desplazados por otras alternativas mejores". El problema es importante, porque muchos de estos grupos permanecen en el plano de la denuncia, pero hecha con gran superficialidad política. Causa tristeza ver que quienes se adueñan de la izquierda cometen los mismos errores que cometimos nosotros veinte años atrás: el periodiquito con la denuncia tonta y, lo que es peor, muchas veces equivocada. Por ejemplo, uno de estos grupos ha hecho —subvencionado por García Márquez— el libro de la represión del Frente Nacional, que Colombia padeció durante un largo período. Yo soy enemigo del Frente Nacional. Y me molesta que le hayan atribuido un período de violencia que fue, precisamente, la razón de que el

sistema creara ese Frente Nacional. Son inexactitudes históricas, que sólo puede cometer quien no sepa lo que pasó o quiera impactar a cualquier precio. La denuncia ha tenido, como todas las denuncias que aquí logran formularse, eco —nuestros medios de información son muy cerrados—, pero me parece que es una denuncia que no forma conciencia, que no penetra, que no profundiza.

J. M.—Tú fuiste militante de un partido de la izquierda colombiana. Sin embargo, en las últimas elecciones apoyaste al Partido Liberal y a ese apoyo debes ahora un puesto en el Gobierno. ¿Cómo ves el cuadro general de los partidos de la izquierda en la actualidad? ¿Qué opinión te merece la Unión Nacional de Oposición como frente que acudió a las elecciones?

M. T. R.—Creo que es un grupo pequeño dentro del panorama nacional. Por eso no tuvo eco en las elecciones, es decir, que consiguió ciento veinte mil votos frente a un Presidente que consiguió los tres millones. Eso es apenas nada, si pensamos, sobre todo, que el Partido Comunista solía alcanzar él solo entre los ochenta y los noventa mil votos. Y menos aún, si consideramos que se produjo una disidencia liberal sólo ocho días antes de las elecciones, que arrastró ciento cincuenta mil votos; es decir, más que el movimiento de oposición que venía trabajando desde dos años atrás. Esto permite asegurar que la Unión Nacional de Oposición, electoralmente, no representó nada. Tienen cinco parlamentarios. Y padecen, además, unas contradicciones tremendas. Por ejemplo, los aliados en la lista —el suplente del jefe del Partido Comunista es del MOIR, que es un grupo trotskista— eran los mismos a quienes, tres meses antes, el partido había acusado de agentes de la CIA. En estas condiciones, no puede haber ninguna unión real ni leal. La verdad es que yo no le veo ninguna perspectiva a la izquierda colombiana que se mueve dentro del plano legal. Ocurre, además, que en el actual Gobierno hay mucha gente de izquierda, y hay banderas que la oposición ya no puede tomar.

J. M.—¿Y la izquierda ilegal?

M. T. R.—Hay gente que sigue luchando. Hay guerrillas. No sé cuáles son sus posibilidades de desarrollo, aunque supongo que también dependen de lo que sucede en el plano internacional.

J. M.—¿Influye decisivamente en tu actual posición el juicio que te merecen los partidos de la izquierda?

M. T. R.—Después de tantos años de lucha política, no quiero marginarme de ella. Sigo trabajando. Un revolucionario, en cualquier lugar que esté, hace algo. Aquí voy a hacerlo. Son granos de arena que yo puedo, de un modo concreto, aportar... ■